

AL DIRECTOR DE LA "EUSKAL-ERRIA"



Sr. D. Antonio Arzác.

Bilbao, 12 de Marzo de 1888.

Mi querido amigo: Sencilla y tierna, como el recuerdo siempre querido del bien que huyó, la composicion corta pero expresiva que ha tenido V. la para mí inolvidable bondad de dedicarme, ha impresionado vivamente mi espíritu, haciendo volver mi vista á tiempos que no es fácil se me borren de la memoria, porque ellos son el emblema de una felicidad no soñada, si es posible emplear esta palabra tratándose de asuntos humanos.

Habla V. de nuestras montañas queridas con aquel tono profundamente melancólico del que ha perdido el bien por tanto tiempo halagado, sin esperanza quizá de volverlo á recoger en el trascurso de la mísera existencia en donde toda dicha es fugaz, y el bien corto y poco fácil de conseguir.

Yo tambien, amigo mio, conservo dulces recuerdos de nuestras montañas: yo tambien recuerdo con placer, en medio del bullicio de esta populosa y rica Bilbao, villa cosmopolita con su pronunciado sabor bascongado, aquellos dias venturosos, deslizados tranquilamente al amparo de la sombra bienhechora de nuestras seculares encinas y nuestros robles gigantescos.

Yo creo que nada habla tan elocuentemente al corazon humano como la fuerza misteriosa y potente de la naturaleza, que se presenta á nuestra vista, ya tendida en las inmensas sábanas de la América, ya en el ruido atronador de hirviente catarata, ó en el revuelto *simoun*, terrible yajero de los ardientes desiertos africanos.

Y cuando á esa atraccion poderosa, que sobre el corazon ejerce la naturaleza, se une el amor santo é irresistible de la tierra en que nacimos, en donde han pasado los dias de nuestra infancia y donde nuestros hijos han aprendido los nombres de sus padres con la semilla purísima y fecunda de la religion, ¡oh! entónces, en medio de aquel silencio elocuente de nuestras montañas, el alma se siente arrebatada á otros siglos, á otras generaciones que nos precedieron en el camino de nuestra existencia, y, embargados de un dulcísimo entusiasmo patrio, vuela la imaginacion á aquellas edades legendarias en que cada hecho histórico es una hazaña imperecedera en defensa de la independencia patria, y cada hazaña un monumento de gloria, levantado á los sentimientos más elevados de la nacionalidad.

¡Cuántas veces, vagando sin rumbo fijo ni direccion determinada en aquellas eminencias, y más vago aún mi pensamiento, traian á mi memoria aquellos abruptos montes recuerdos de nuestra patria querida, páginas de oro en los brillantes anales de nuestra heroica España!

Yo veia con los ojos del alma, mil veces más perspicuos que los materiales del cuerpo, aquellas legiones inmortales de Augusto, vencedoras en mil combates de todos los pueblos de la tierra, huir atropelladamente delante de nuestros incansables montañeses, incapaces de sufrir el yugo del dominador del mundo entero.

Cada nuevo reinado, en la dominacion visigoda, iba acompañado de una imponente insurreccion de nuestros nunca del todo dominados antecesores: una serie no interrumpida de reyes, Gundemaro, Sisebuto, Suintila, Wamba, vió siempre perturbado su reinado por este pueblo que llevaba en su sangre el amor á sus libertades.

Y cuando al dirigir mi vista desde la cima de nuestras elevadas montañas á las siempre movedizas aguas de nuestro inquieto mar cantábrico, veia allá á lo léjos las blancas velas de las lanchas pescadoras, como palomas batiendo blandamente sus alas al posarse en la tierra, recordaba yo con placer indecible que de aquellas mismas costas habian salido las flotas de San Fernando para la gloriosa conquista de Sevilla; de los reyes Católicos y Carlos I para unir á la corona de Castilla nuevos mundos escondidos á las miradas del hombre blanco, la de Felipe II para la imperecedera batalla de Lepanto, y tantos y tan esclarecidos marinos que han legado á la historia española los timbres más ilustres de su gloria inmarcesible y eterna.

Y cuando al evocar estos patrióticos recuerdos fijaba mi vista en

aquellos altísimos montes, poblados por vetustos caseríos, pensaba yo que ellos habían sido los testigos mudos de la alegría de nuestros mayores, cuando, al volver de aquellas arriesgadas empresas marítimas, contaban ante sus asombrados padres y esposas las costumbres de otras razas y naciones, llenas de virilidad y valor, pero sujetas al poder de los reyes de nuestra España por aquellas legiones y marineros que no reconocían rivales en el mundo.

Toda la historia de nuestra apartada tierra se presentaba entonces á mi vista, atropellándose unos á otros los sucesos, á cual más grandes y gloriosos, al correr de las generaciones, movidas incesantemente por los decretos de la Providencia; y para que nada faltase á este cuadro inolvidable, al comenzar el crepúsculo de la tarde, en medio del silencio solemne de la naturaleza y de la tibia y agradable atmósfera de los días tranquilos de un verano sin calor, oía allá á lo lejos el tañido de la campana de la iglesia que me recordaba aquella religión de ventura, en cuyo nombre y el de la patria habían surcado nuestras naves aquellos mares desconocidos, para gloria de la humanidad entera.

De V. siempre afmo. y agradecido amigo

MARCIAL MARTINEZ AGUIRRE.

